

GYÖRGY FALUDY

DÍAS FELICES  
EN EL INFIERNO



EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE  
ALFONSO MARTÍNEZ GALILEA

PEPITAS  
&  
PIMENTEL

LIBRO PRIMERO	
FRANCIA	9
LIBRO SEGUNDO	
ÁFRICA	127
LIBRO TERCERO	
ESTADOS UNIDOS Y LA DEMOCRACIA POPULAR	223
LIBRO CUARTO	
LA DETENCIÓN	349
LIBRO QUINTO	
EL CAMPO DE TRABAJOS FORZADOS	427
<i>Nota a la edición</i>	605

*Libro primero*

FRANCIA

EN NOVIEMBRE DE 1938, en Budapest, fui invitado a la recepción en honor de un miembro de la Cámara de los Comunes británica. Se hallaban entre los presentes un barón obeso, muy conservador y melancólico, y algunos colegas míos de opiniones progresistas, flacos y bullangueros, pertenecientes a la redacción de una revista de izquierda financiada por el barón de marras. La conversación giraba alrededor del Pacto de Múnich y de sus consecuencias. Después de haber discutido, gritado y gesticulado, acabamos por concluir que Hitler tenía en ese momento las manos libres en Europa. Todo el mundo se encontraba alterado. El parlamentario británico era el único en aparentar calma, y su cara parecía una mascarilla de cera mientras explicaba sin entusiasmo las bondades de la política de Chamberlain. En esas estábamos cuando la dueña de la casa, una dama muy digna y espantosamente rica, no muy joven ya y de la que era público y notorio que pasaba uno o un par de meses al año en un manicomio, nos vino a decir que el asunto y el tono de nuestra conversación le recordaban muchísimo a las primeras páginas de *Guerra y paz*.

El amable invitado británico se esforzó en cambiar de conversación, y nos hizo preguntas en torno a nuestros planes para el futuro. Béla Horváth, un joven poeta católico que vestía siempre y en todo lugar un pantalón negro y una chaqueta clara a cuadros adornada con una flor en el ojal, declaró que, si fuera necesario, lucharía contra Hitler hasta la muerte, y que daría su vida por la cristiandad, por la justicia social y por la independencia de Hungría. Hablaba alegremente,

sin poses trágicas, y con voz queda, para no alterar la intimidad de aquel salón, tan pequeño como un joyero forrado de seda. Citó abundantemente a los Padres de la Iglesia, y más abundantemente aún a Chesterton. Al acabar su homilía, juntó las manos como si rezara, elevó al techo sus grandes ojos redondos, y agradeció a la Virgen y a su santa preferida, Santa Catalina de Siena, que le hubieran bendecido con tanta hombría... Cualidad esta de la que hacía gala cuando su sentido del deber lo empujaba a tomar la palabra en los mítines, o cuando su rebeldía lo arrastraba ante la justicia, o bien cuando su gusto por el placer lo arrojaba al lecho de alguna joven campesina.

El apasionado discurso de Horváth pareció incrementar la melancolía del honorable miembro de los Comunes. Aclaró que no había venido a Budapest a meterse en nuestros asuntos, pero que quería expresarnos una humilde y sincera advertencia. Nosotros éramos jóvenes, alguno incluso, como yo, casi un niño. No compartía en su totalidad nuestras opiniones progresistas, al menos no las consideraba adecuadas para Hungría (lo que parecía significar que solo los europeos occidentales eran dignos de la libertad: laseudodemocracia medio fascista de Horthy ya estaba bien para nosotros), pero temía por nuestro porvenir: si los alemanes invadían Hungría ninguno de nosotros podría expresar sus ideas. Nuestras revistas serían cerradas, nuestros libros, confiscados, y nosotros seríamos arrestados, juzgados a puerta cerrada y ahorcados. Visto así, el mejor consejo que podía darnos era que abandonásemos Hungría. La guerra podía estallar en cualquier momento, pese a los esfuerzos de Chamberlain. Después de la guerra, podríamos volver y servir a ese ideal por el que sería absurdo sacrificarse ahora.

La verdad es que no prestamos mucha atención a sus palabras, porque estábamos demasiado ocupados alborotando y maldiciendo contra Chamberlain. Sin embargo, dos meses más tarde, todos los presentes en aquella reunión, con excepción del poeta católico, ha-

*Libro segundo*

ÁFRICA

LLEGAMOS MEDIO MUERTOS DE hambre a Casablanca después de cinco días de complicada navegación. Tuvimos que pasar una semana en cuarentena en el navío-hospital *Canadá*. Tras ello, nos desinfectaron y nos llevaron al campo de internamiento de Aïn Chok, donde nos instalamos en las cuadras, durmiendo encima de la paja y en medio de una suciedad increíble. El campo estaba vacío desde hacía pocas semanas, concretamente desde que los últimos republicanos españoles que quedaban por allí habían muerto de cólera.

Nos hallábamos totalmente aislados. Teníamos prohibido enviar cartas y ni siquiera nos preguntaron nuestros nombres. Como sabíamos que el general Noguès, el militar de más alto rango en la colonia, estaba muy relacionado con Pétain, nuestra liberación se nos antojaba más que dudosa. Por eso entre otras cosas nos sorprendió mucho ver aparecer, diez días después de estar allí, a dos húngaros que residían en Casablanca: un boticario, grande y melancólico, llamado Feteke, y un sastre rechoncho y ágil que respondía al nombre de Fortunatus. Tenían el propósito de llevarnos a Casablanca con ellos, y cuando quisimos agradecerles nos explicaron que en realidad venían a buscarnos comisionados por un tal Ujváry, que había sobornado a las autoridades y a quien pertenecía el coche en el que nos movíamos. Cuando les preguntamos si tendríamos manera de ganarnos la vida, nos aseguraron que no debíamos preocuparnos por nada de eso. Ujváry nos conseguiría ropa, vivienda y todo lo que necesitásemos. Hablaban del tal Ujváry como de una institución poderosa y temible,

y pronunciaban su nombre con tal devoción que no quisimos preguntarles más. Solo cuando estábamos a punto de llegar a nuestro destino nos revelaron que Ujváry había llegado a Marruecos hacía veinte años, huyendo de Hungría, donde había desempeñado un papel importante en la dictadura proletaria de 1919. En Marruecos le había ido bien y pasaba entonces por uno de los industriales más ricos del país.

Como estábamos, por decirlo así, sin blanca, cogimos una sola habitación para los tres y empezamos por intentar quitarnos de encima toda la mugre que habíamos acumulado en el campo. Nos hubiera venido bien dar una vuelta, pero el pantalón de Bandi se había desintegrado en alta mar, y nuestro compañero había salido del campo en pijama. Valy se sentó en la única silla del cuarto y nosotros dos en la cama. Media hora más tarde, un recadero nos llevó un inmenso ramo de flores para Valy y una chaqueta verde y un pantalón amarillo limón para Bandi.

—Me pregunto qué habrá sido de Lorsy —dijo Bandi mientras se probaba el pantalón ante el espejo.

—¡No vuelvas a mencionar a ese degenerado! —gruñó Valy al tiempo que se aplicaba una gruesa capa de carmín en los labios.

—Yo ya lo he perdonado —concluyó Bandi con aire magnánimo—. ¿Y tú, Gyury?

—Yo también.

No habían pasado diez minutos cuando al salir del hotel nos dimos de bruces con Lorsy, que entraba en ese momento. Llevaba un traje negro de corte impecable, una fina camisa de seda que cubría su tremenda barriga, y una corbata adornada con un alfiler de oro delicadamente trabajado. Al vernos, se quitó las gafas, una franca sonrisa le iluminó el rostro y abrió los brazos con ademán festivo.

—*Solamen miseris socios habuisse malorum!*

—Guárdate tus citas y tu sentimentalismo, tipejo asqueroso —gritó Bandi, levantando el puño con un gesto tan amenazante que Lorsy, aterrorizado, se echó hacia atrás.

*Libro tercero*

ESTADOS UNIDOS Y LA  
DEMOCRACIA POPULAR

LLEGUÉ AL PUERTO DE Nueva York una soleada y brumosa tarde de septiembre de 1941. Había viajado en el *Navemar*, un viejo y destaralado carguero español, con un millar de refugiados más. Aunque seguimos la ruta de la *Santa María* desde Cádiz hasta las costas bajas de las Bahamas, nuestro viaje fue mucho más largo que el de Cristóbal Colón. El capitán tuvo que hacer frente a dificultades que el gran genovés, pese a su imaginación, nunca hubiera podido concebir. Tuvo que luchar con el furor del Atlántico y también con una tripulación indisciplinada, cuyos miembros desertaron en su mayoría, abandonando el navío en La Habana. La RAF le obligó a fondear en el puerto más hermoso de las Bermudas para practicar un registro minucioso del barco. El *Navemar* había sido igualmente abordado varias veces por submarinos alemanes, infinitamente más peligrosos que los monstruos marinos de las leyendas. Pero el astuto español siempre lograba salir del paso, fuera mediante señales, fuera gritando en un pésimo inglés, al tiempo que movía sobre la cabeza de su interlocutor sus puños almidonados, que hacían el mismo ruido que una serpiente de cascabel, que él estaba de su parte, que era de los suyos, de los de él precisamente, y que el *Navemar* sacaba de Estados Unidos importantes materiales estratégicos. Ni unos ni otros le tenían confianza, pero siempre le dejaban marcharse. Probablemente hacía contrabando para las dos partes, juzgando ese método el más seguro y provechoso. Sucedió, sin embargo, que a su vuelta de Nueva York, el *Navemar* con su contrabando, con su nueva tripulación y su viejo capitán, aunque sin pasajeros, fue víctima del Destino.

Nadie en Nueva York sabía con exactitud cuándo llegaríamos. Tampoco el doctor Hollós, miembro del Comité Húngaro, un gigantesco médico neoyorquino con bigote de foca, no precisamente joven, y que había establecido su cuartel general en uno de los garitos del puerto. Pese a haber pasado la mayor parte de su vida en América, y asimilado totalmente sus leyes y sus costumbres, rechazaba la idea de confundirse y tratar con los ciento treinta millones de norteamericanos. El doctor vivía entre los húngaros, sus amigos eran húngaros y no admitía como cliente a ningún enfermo que no fuese húngaro. Más aún, únicamente se interesaba de verdad por los recién llegados, húngaros auténticos, que todavía sentían vivos los conflictos patrios, que no se habían desembarazado totalmente de su provincianismo y que conservaban aún, siquiera fuese figurada o literariamente, la mugre europea, esa misma que el doctor, en su condición de americano dinámico, despreciaba profundamente. Pero los viejos americanos como él le aburrían, y procuraba evitarlos. Desinteresado y servicial, su apartamento servía de centro de tránsito para todos los emigrados húngaros que pasaban por allí, por poco conocidos que fuesen; a todos ellos los mantenía a su lado hasta que los veía preparados para enfrentar el modo de vida americano.

En una carta llena de buen humor que me había enviado a Tánger, László Fényes me describía la recepción que el doctor Hollós me preparaba en Nueva York. Era un gran devoto de las artes, y más todavía de los artistas, sobre todo cuando los conocía personalmente. Fényes me advertía también de que el doctor Hollós no dejaba tranquilos a los recién llegados ni un solo minuto y que les aconsejaba hacer todo lo preciso para sumergirse lo más deprisa posible en el torrente de la vida americana. Los llevaba desde lo alto de la antorcha de la Estatua de la Libertad hasta lo alto del Empire State Building, mientras les explicaba que todo lo que sabían allí no valía para nada, porque los americanos lo hacían todo muchísimo mejor que nadie. A renglón seguido, los consolaba diciéndoles que podrían adquirir los conoci-

*Libro cuarto*  
LA DETENCIÓN

CUANDO LA PUERTA DE hierro verde de la celda número 48 se cerró tras de mí, emití un hondo suspiro de alivio. Noté una brisa fresca en la frente y un sutil temblor en la garganta, como si una invisible hinchazón me hubiera estallado dentro. Mi situación no tenía nada de envidiable. Como a tantos de mis amigos y enemigos, me había llegado el turno de caer en el pozo de la AVO. Las acusaciones en mi contra me convertían en aspirante al cadalso o a la cadena perpetua. La detención me había provocado un intenso proceso febril y la frente me ardía.

Estaba en una celda desprovista de ventana, que daba por tres de sus lados al pasillo mientras que el cuarto lindaba con el hueco del ascensor. Cuando quise moverme por el suelo resbaladizo de hormigón los mosquitos cayeron sobre mí. Enfrente de la puerta, sobre el yeso pulido como un espejo, podía leerse una inscripción escrita con mayúsculas: «TENED PIEDAD DE MÍ, SEÑOR». Al pie estaba la firma de un miembro del Parlamento, ateo notorio, que había desaparecido un año antes. Desde que me atrancaron la puerta decidí ponerme a evocar antiguos recuerdos: la alcazaba de Amar, el paisaje de las Bermudas, o Telegraph Hill en San Francisco, y no dejarme arrastrar al continuo examen de mi situación, porque me hubiera vuelto loco.

Aunque, bien pensado, ¿no me había vuelto loco ya? Me senté en la litera y comprobé que mis reflejos eran perfectamente normales. Después me repetí los nombres de los cuarenta y ocho estados norteamericanos, la fórmula del volumen de la esfera, la fecha del

Tratado de Westfalia, los nombres de los emperadores romanos desde Augusto hasta Marco Aurelio y la inscripción que adorna la tumba de los doscientos combatientes de las Termópilas:

᾽Ω ξεῖν', ἄγγελον Λακεδαιμονίοις ὄτι τῆδε  
κείμεθα τοῖς κείνων ῥήμασι πειθόμενοι.

El dístico («Caminante, informa a los lacedemonios que yacemos aquí por haber obedecido sus mandatos») me hizo ponerme definitivamente sentimental. Me tranquilicé a la vista de los resultados de la prueba, pero pronto me planteé que todo eso en realidad no probaba nada. Mientras estuviera solo en mi celda, que era como estar solo en el mundo, la definición de razón y la de locura dependían de mi arbitrio. Era perfectamente posible, por ejemplo, que aun estando loco recordase con completa exactitud que los enviados a Osnabrück el 24 de octubre de 1648 se comprometieron a respetar la Paz de Westfalia, y era igualmente posible que la fórmula del volumen de la esfera fuese producto de mi imaginación enferma y que en realidad no existiese nada parecido a una esfera. Quizá ni siquiera los mosquitos diminutos, casi invisibles, que podía notar en mi cara existían. Y, en fin, no era imposible que el nombre del primer emperador romano fuera en realidad Septiembre, y que estuviera jugando a un juego absurdo conmigo mismo al llamarlo Octavio Augusto.

Tras darme cuenta de la inutilidad del experimento, me vi empujado a analizar las causas de mi serenidad. Cuando me detuvieron, tres días antes, sentí inmediatamente una gran tranquilidad. Tranquilidad que acompañó en todo momento, en un segundo plano, por decirlo así, a la paralizante sorpresa del arresto. Iba de camino a Checoslovaquia, donde pensaba pasar mis vacaciones en la montaña, con los gastos pagados por el Gobierno. En la frontera húngaro-checa, dos inspectores me hicieron bajar del tren y me devolvieron a Budapest en un furgón policial. Me dijeron que me llevaban al 6o de

*Libro quinto*

EL CAMPO DE  
TRABAJOS FORZADOS

DIEZ MINUTOS DESPUÉS DEL primer recuento, los más viejos del campo nos advirtieron de algo que yo ya sabía: no podríamos escribir a nuestras familias, ni recibir cartas, paquetes ni visitas. No tendríamos libros, ni periódicos, ni con qué escribir. Durante algunos instantes sentí una viva ansiedad, que luego disminuyó hasta quedar reducida a una suerte de melancolía crónica y resignada.

Pronto quedó claro que todo lo que Kenedy nos había contando en Kistarcsa, hasta en sus más pequeños detalles, era cierto. Pero al decir de los doscientos socialistas que estaban allí desde comienzos del verano, y que eran los que habían levantado el campo, las cosas habían mejorado últimamente. Las palizas eran ahora una mala copia de las de antaño, y no se golpeaba a los detenidos hasta dejarlos sordos, como a tantos les había sucedido antes. Ahora se permitía a los presos sentarse en el suelo para comer, pero nadie tenía ganas de ponerse perdido el trasero en aquellos suelos embarrados y resbaladizos. Nos comíamos las gachas de cereal del desayuno, la sopa y las legumbres de la comida y las legumbres de la cena de pie, justo al lado de la cocina, donde las marmitas y los cocineros estaban a resguardo de la lluvia bajo una chapa metálica colocada encima de unos postes. Nos bebíamos la sopa, y nos comíamos las legumbres cocidas con una cuchara, contando mecánicamente los escasos pedazos de carne de caballo que nos echaban tres veces por semana. Después, Gábori, Egri, Garamvölgyi y yo nos agrupábamos, apoyándonos uno en el otro. Egri dividía un cigarrillo en tres partes (Garamvölgy no fumaba

y nos cedía su parte a los demás) y pedía fuego. Mientras fumábamos, yo les contaba historias de África, California y París. Me escuchaban encantados, totalmente olvidados de la lluvia que les empapaba el cabello y les chorreaba cuello abajo, calándoles la ropa.

ESTUVO LLOVIENDO dos meses, hasta el día de Navidad. A veces diluviaba sin cesar durante veinticuatro horas; a veces llovía durante todo el día y otras durante toda la noche. Hubo jornadas en que el cielo clareaba y volvía a oscurecerse de nuevo diez o veinte veces seguidas. Al segundo día, nuestros capotes estaban empapados. Nunca volvieron a estar secos. Intentábamos que se secaran poniéndolos junto a la estufa de ladrillo del barracón. Pero solo había una estufa para ciento cincuenta capotes, y si los poníamos demasiado cerca se quemaban. Unos días más tarde, cuando hasta los respuntes de todas nuestras ropas estuvieron llenos de barro y nuestras camisas empezaron a deshacerse, dejamos de luchar contra la lluvia.

Mucho más nos costó acostumbrarnos a las botas mojadas. A veces, nos las quitábamos durante la tarde y solo nos las poníamos a la hora de dormir. A menudo el barro pegajoso nos las arrancaba de los pies. A última hora de la tarde los ochocientos presos nos reuníamos para el recuento. Los guardias de la AVO pasaban entre las filas con sus linternas y en ocasiones eran necesarias varias horas hasta que terminaban. No es que lo hicieran lentamente a propósito, porque su mayor deseo era acabar cuanto antes y bajar al pueblo, pero las cifras no eran su fuerte y, cuanto más prisa se daban, más errores cometían. Tras el recuento nos dispersábamos en la oscuridad por la empinada ladera, tropezando contra los troncos y los tocones, cruzábamos el lecho del arroyo y subíamos por el otro lado hacia el barracón, en cuya puerta parpadeaba una pálida luz blanquecina. Los hombres de la AVO

## NOTA A LA EDICIÓN

## GYÖRGY FALUDY (1910-2006)

György Faludy (Joseph George Leimdörfer) nació en un hogar de clase media en Budapest el 22 de septiembre de 1910. Su padre fue el químico y profesor universitario Jenő Leimdörfer, y su madre, Katalin Erzsébet Bieringer. Como los hijos de muchas familias judías partidarias de una total integración en la sociedad húngara, estudió en la escuela luterana Fasori Evangélikus Gimnázium, en la que se graduó en 1928. Cursó estudios universitarios —sin excesivo entusiasmo, por lo que él mismo cuenta— en Viena (1928-1930), Berlín (1930-1931), París (1932) y Graz (1932-1933).

Entre 1933 y 1934 realizó el servicio militar, licenciándose como subteniente. En esos años da a conocer sus primeros poemas en periódicos y revistas y se convierte en colaborador de *Magyar Hírlap*, publicación liberal dirigida por Géza Feleky. Participa de la rica vida literaria budapestina como habitual del Café New York y se relaciona con los círculos radicales y socialdemócratas, que combaten a los sucesivos gobiernos del régimen autoritario del almirante Horthy. Contrae matrimonio con Valy Ács. En relación con esa época crepuscular, que tendría fin con el ascenso del nazismo, escribirá más adelante: «Dezső Kosztolányi, Attila József y Frigyes Karinthy, tres de los mejores escritores húngaros, murieron en rápida sucesión; sus muertes marcaron el fin de una era, y no parecía que el futuro nos prometiese nada bueno a los demás».

La leyenda de Faludy siempre parece contener algunos elementos de bienhumorada mistificación. Pese a que suele considerarse que su trayectoria poética tiene inicio en 1938, cuando aparece *A Pompéji Strázsán* (Oficina, Budapest, 1938) fueron sus versiones de Heine publicadas en Transilvania (*Heine Németországga*, Korunk, Kolozsvár, 1937) y Villon (*Villon Balladái*, Oficina, 1937) las que le consiguieron sus primeros éxitos, sus primeros

problemas con la justicia y una gran popularidad. Las *Villon Balladái* han sido reeditadas en medio centenar de ocasiones, y son uno de los libros de poesía más vendidos de la historia de Hungría. Su arraigo entre el público fue de un género insólito en la historia literaria del país: tras una primera lectura en la plaza Vörösmarty (en la que participaron las actrices Sari Fedak y Lili Murati), el Villon de Faludy se convirtió en una suerte de patrimonio nacional. Fue, sin embargo, acremente censurado en algunos círculos literarios. En *Nyugat*, la publicación central de la literatura húngara de la primera mitad del siglo xx, György Bálint, uno de sus más influyentes críticos, llegó a escribir, con una retórica que nos trae a la cabeza la del disparatado amigo de Faludy, el archierudito Ernő Lorsy: «Faludy, ha colocado la etiqueta «baladas de Villon» sobre un falso Villon. Los tratados internacionales celebrados por Francia con países extranjeros están perfectamente pensados para proteger de un uso inadecuado la palabra *coñac*, pero no aplican un rigor semejante en proteger a sus autores, por lo que el falso Villon de Faludy no podrá ser penalizado ni prohibido. Es cierto, por otra parte, que el éxito ha acompañado a la falsificación, convirtiendo al libro en un serio competidor de los *bestsellers* del momento; hay que reconocer que con talento en su género, aunque Villon no pinte mucho aquí» («Las baladas de Villon, dignas de mejor suerte», *Nyugat*, 1940, n.º 5).

En los años siguientes Faludy publica las recopilaciones *Laudatur. Himnos Medievales (Dicsértessék. Középkori himnuszok*, Singer és Wolfner, 1938) y la *Antología de Poetas Europeos (Európai költők antológiája*, Cserépfalvi, 1938). Su actividad pública no deja de provocarle problemas, sobre todo con la extrema derecha húngara, representada en ese momento por el Partido de la Cruz Flechada, de Ferenc Szálasi. Acosado por varias demandas judiciales por, entre otros cargos, «ofensas a una potencia amiga», abandona Hungría y se instala en París a finales de 1938. Mantiene allí relación, entre otros, con Arthur Koestler, a quien había conocido en 1934, a su vuelta de la Unión Soviética, y cuya amistad conservó hasta su muerte. Fue Koestler quien, en los años sesenta y a raíz de las primeras polémicas que rodearon la aparición de *Días felices en el infierno*, calificó a Faludy como *primus inter pares* entre los escritores húngaros de su generación.

En junio de 1940 abandona París y, tras atravesar Francia, se embarca en Bayona con destino a Casablanca. En Marruecos subsiste hasta el verano